

*Cupido*

**Jonathan Gómez**

En la foto, dos jóvenes sonrientes. Ella, morena, con el pelo recogido en una trenza dispuesta hacia delante para la foto; los ojos verdes, brillantes, rebosantes de felicidad. La blancura de su piel contrasta con el moreno de su pareja. Él, risueño, con sus gafas de sol, recién estrenadas, que ocultaban unos ojos negros, profundos, sinceros, sonreía, mostrando una hilera de dientes blanquísimos; el pelo corto, mojado. De fondo, la inmensidad del mar, la arena de la playa, el griterío salado de los niños con sus palas...

Caminaba por el salón con la instantánea en la mano, regodeándose en sus recuerdos, en los días vividos junto a ella. Debía sacudirse esa melancolía que le embargaba, que le obligaba a sentirse triste...

El hastío le embargaba... Encendió la radio...

- Han dado caza al peligroso asesino del arco – informaba la estridente voz de la locutora – su modo de actuar consistía en...

Apagó la radio lleno de furia. Él sabía muy bien cómo actuaba. No necesitaba volver a oírlo. Siempre se preguntó cómo alguien podía tener tanta sangre fría para plantarse delante de un desconocido y quitarle lo máspreciado...

Sentado en la mesa de la cocina, removía, nervioso, el café. La casa se le había quedado tan silenciosa desde que ella faltaba... Suspiró. ¿Y ahora? A empezar de nuevo... ¡Qué pereza!

Encendió de nuevo la radio. Odiaba a la locutora de las noticias, pero estaba a punto de comenzar un programa de música que le encantaba.

La mañana parecía que fluía; sentía que las horas volvían a tener sesenta minutos; de nuevo, y después de mucho tiempo, tenía ganas de respirar, reír, vivir... Incluso se sorprendió tarareando una de las canciones que ahora escupía la radio... Extrañamente, se sentía feliz...

De nuevo, la chillona voz de la locutora interrumpía la programación:

- ¡Ultimísima hora! El conocido como el asesino del arco ha escapado de la prisión en la que estaba. A falta de confirmación, su pequeña estatura le habría ayudado en la fuga... Seguiremos informando.

“¡Vaya, cómo está la seguridad...! Ya no son capaces ni de retener a un simple enano...” Volvió a suspirar... Últimamente suspiraba con mucha frecuencia. Su vida, en aquellos días tan extraños, se podía resumir en un suspiro continuo... “Si esa flecha la hubiera recibido yo...” - Se rascó la cabeza y empezó a negar - “¡me hubiera matado a mí!”. Una media sonrisa se le asomó furtiva por la comisura de los labios...

La tarde estaba preciosa. Hacía un sol espléndido, el cielo, despejado de nubes, los pajarillos trinaban alegremente, una ligera brisa golpeaba su rostro y él iba de la mano de su primer y único amor. ¿Se podía ser más feliz?

A pesar de su sonrisa, se percató de que el semblante de su chica estaba muy apagado. Le apretó fuerte la mano, para indicarle que estaba allí, con ella, pasase lo que pasase. Ella le sonrió, pero con una tristeza infinita. El chico se empezaba a preocupar. La notaba muy distante. Tendrían que hablar...

Continuaron con el paseo.

A lo lejos, lo que parecía ser un niño iba corriendo hacia ellos. Frenó y se plantó delante de la pareja.

Lo observó con detenimiento. En apariencia, era un niño gordito, con unos rizos muy rubios, brillantes, ataviado únicamente con un pañal blanco y una especie de cartera a la espalda, pero tenía barba... una barba negra, de tres días, que hacía que pareciera un enano borracho, que se acababa de escapar de un circo ambulante...

- Vosotros os queréis mucho... – espetó de pronto el niño - ¿verdad que sí? – Parecía ansioso de que la respuesta fuera afirmativa.

- ¡Claro, pequeño! Nos queremos con locura – respondió el novio, incrédulo aunque convencido de lo que decía, acompañando la afirmación de un manotazo cariñoso en la redonda cabezota, revolviendo los rizos casposos del enano.

- Y tú, ¿piensas lo mismo? – Preguntó el pequeño a la chica, que parecía abstraída, como si la conversación no fuese con ella... - ¡Venga, responde!

Fueron solo unos instantes, pero la chica dudó. Acosada por la mirada de su novio y por la del pequeño curioso, ella dijo un “sí” tímido, casi imperceptible y poco convincente...

Acto seguido y con la velocidad de un rayo, el pequeño sacó de su carcaj un arco y una flecha dorada y la disparó contra la joven. Directa al corazón. Después desapareció.

Aún hoy recordaba toda la sangre de aquella tarde. La sangre amada. Ahora hacía como suyo cualquier poema o historia de amor desdichado, ahora sentía en sus carnes el dolor de Romeo al ver muerta ante sí a Julieta, ahora comprendía la locura de amor de sus personajes de ficción favoritos... Todo desprendía tanto amor a su alrededor...

Se pasaba los ratos perdidos viendo las fotos en las que ella aparecía, los vídeos que habían grabado en sus últimas vacaciones, releía, maníaco, las cartas amorosas que se habían escrito durante todos los años de relación, rememoraba mentalmente todos los espacios que habían compartido... Así un día tras otro, viendo cómo la vida se consumía igual que el cigarrillo que tenía constante en la mano...

Había sido una estupidez. Un impulso absurdo. Se encontraba en un claro de un bosque a las afueras de la ciudad, siguiendo la pista de esa maldita locutora...

Aquella misma mañana, en la que volvió a tener ganas de vivir, había escuchando por la radio que el enano se ocultaba allí, “según fuentes oficiales”, pero que, a pesar de haber peinado la zona concienzudamente, no se había encontrado rastro del peligroso delincuente.

Y ahí estaba él, solo, en medio del bosque, buscando resarcir la muerte de su amada... Pasado el tiempo, y habiéndose recorrido gran parte del bosquecillo sin ningún éxito, empezó a pensar si merecía la pena lo que estaba haciendo... Estaba perdiendo toda esperanza hasta que oyó movimiento de hojas en un árbol cercano a él:

- Hola – le dijo alguien desde una rama alta - ¿me estás buscando? Pues aquí me tienes...

- Eh... sí... creo que sí... - balbuceó, cómicamente, sobresaltado por tan inesperada aparición.

- ¿Y qué querías? – preguntó burlón el pequeño, dando un salto magistralmente al suelo.

- Venía a pedirte explicaciones por lo que le hiciste a mi novia – afirmó contundente el joven - ¿por qué la asaeteaste, si no te hizo nada? ¿Por qué me arrebataste lo que más quería?

- No eres el primero que viene en mi busca – respondió el enano – Todos con la misma cantinela... ¡Sois muy pesados! ¿Qué te parece si te digo que maté a tu querida novia por ir en contra de Cupido?

- ¿Cupido? – repitió. Esa respuesta no se la esperaba... ¿Estaba delante de un chalado, que se creía el mismo dios del amor? No podía ser... Tras un lapso corto de tiempo, el joven, cada vez más aturdido, acertó a articular - ¿Perdón?

- Yo soy Amor. El dios que protege a las parejas, que vela por su bienestar, pero que también cuida a los amantes de forma individual... Estoy preocupado viendo en esta sociedad moderna la falta de amor verdadero... Por eso he tenido que cambiar mi modo de actuar. Sigo utilizando las flechas que, durante milenios, han sido mis atributos identificativos, pero sin el efecto que siempre han tenido... Fíjate en mí, también me he deshecho de mis alas porque eran frívolas y eran reflejo de lo que ya no busco para el hombre: el amor absurdo, falso e irracional

Esa declaración dejó de piedra al pobre chico. Estaba delante de un perturbado, eso lo tenía claro. Entonces, ¿por qué no huía?

- Además – continuó el amorcillo – hice lo correcto con tu novia. Estás mejor sin ella... ¿Sabías que no te podía mirar a los ojos porque te engañaba? No te quería y tú no te dabas cuenta...

El joven empezó a negar vehementemente con la cabeza, a hacer aspavientos con las manos. Su cuerpo entero se electrificaba al pensar en la posible traición.

- ¡No puede ser! - gritaba – Mi novia nunca me hubiera hecho algo como eso. La conocía muy bien. Hubiera sido incapaz de hacer algo tan deleznable...

- ¿Por qué crees que disparo mis flechas contra parejas que, en apariencia, son felices? Para erradicar problemas. Ella no era feliz junto a ti y, en vez de ser franca contigo y decirte lo que realmente sentía, te mintió. Te engañó. Se iba con otro a tus espaldas... Por eso me vi obligado a actuar. Para protegerte...

- ¡No! ¡Mientes! – las lágrimas brotaban de los ojos del joven.

- Entonces, ¿no me crees? – preguntó Cupido, tranquilamente.

- No. No te creo ¡Mientes! – sentenció, fuera de sí el pobre chico. – Eres un loco, un perturbado que va asesinando a gente por algún complejo de inferioridad... ¡Mírate, nadie en su sano juicio se fijaría en ti!

La deidad escuchaba sonriente. Sin respuesta alguna, el enano, raudo, echó mano a su carcaj y disparó dos flechas plateadas: una a la cabeza, otra al corazón. El joven cayó fulminado.

Antes de abandonar el claro del bosque donde se encontraban, el amorcillo dejó una nota sobre el cuerpo enamorado: “a este, lo asesiné por tonto”